“VIVEN DEL SUDOR DE LA GENTE”: PRODUCCIÓN Y RESISTENCIA EN LA INDUSTRIA DE LA AGUJA EN PUERTO RICO, 1900-1970¹

Gabriela Quijano Seda ²

[Pero las fábricas] empezaron a agarrar para otros lados donde la pobreza es tan extrema que no les importa lo que les paguen. Porque la verdad que *viven del sudor de la gente*, porque ellos pueden pagarlo, definitivamente, pueden pagar un salario, no digo yo algo extremo, pero más de lo que pagan. —Trabajadora a domicilio, 6 de octubre de 2011

Para mediados del siglo 20, la industria de la aguja en Puerto Rico era la segunda industria con mayores exportaciones y la primera fuente de empleo femenino. Entre 1920 y 1950, el valor de las exportaciones se mantuvo en incremento constante. De \$2.300.000 que se exportaban en el 1921, el valor aumentó dramáticamente para alcanzar, en el año 1949, su nivel más alto hasta ese momento: \$37.835.966, (US Department of Labor 1940, 2). Se estima, además, que la industria empleó a cerca de 13,500 trabajadoras en fábricas y talleres, y entre 50 y 55,000 trabajadoras a domicilio (Departamento del Trabajo 1952, 2).

Muchos de las aproximaciones a este fenómeno histórico se han concentrado en tres aspectos: (1) la llegada y establecimiento de la industria, (2) las condiciones de trabajo a las que se enfrentaron las trabajadoras y (3) las implicaciones de la incorporación al trabajo en la vida política e ideológica de las mujeres. Estudiosas como Marcia Rivera, Yamila Azize y María del Carmen Baerga, entre muchas otras, se dieron a la tarea de enmarcar este proceso en el contexto de un movimiento obrero emergente que se articulaba desde sindicatos y partidos políticos propios de la clase trabajadora puertorriqueña. La invisibilidad del trabajo político que realizaban las mujeres era una constante en los trabajos de otros historiadores y, por lo tanto, las aportaciones de Rivera, Azize y Baerga, rescataron el carácter político de las trabajadoras. Sin embargo, para estudiar el accionar político de las trabajadoras de la aguja, el modelo teórico que utilizaban continuaba suponiendo que los sindicatos, las huelgas y los partidos políticos eran las principales y, quizás, únicas formas de resistencias. Azize, por ejemplo, ante la *baja* tasa de sindicación y de protesta de las trabajadoras a domicilio, concluyó en uno de sus trabajos: “La reacción y protesta frente a [la explotación femenina] surgió

¹ Este artículo es una versión breve de un trabajo de investigación que realicé entre 2010 y 2012 como estudiante del Programa de Estudios de Honor (PREH) de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

² Universidad de Buenos Aires, Argentina.

primero entre aquellas mujeres que comenzaron a trabajar fuera del hogar. Parece ser que el confinamiento al que seguían sometidas miles de trabajadoras de la aguja a domicilio obstaculizó su participación en estas luchas de reivindicación” (Azize 1985, 56). Baerga, en un trabajo posterior planteó: “Es probable que la trabajadora a domicilio se identificara más con las posibilidades de triunfo de las luchas en el punto de producción de los otros miembros de la unidad doméstica” (Baerga 1995, 125).

En ese sentido, en la literatura no se encontraba una respuesta certera sobre las formas de resistencia de las trabajadoras a domicilio, sino posibles razones sobre la ausencia del sindicalismo entre ellas que, como vemos, partían de la premisa de que el proceso productivo en el taller era diferente al proceso productivo a domicilio. Desde mi perspectiva, este planteamiento enfrentaba tres problemas. En primer lugar, suponer que las trabajadoras a domicilio consentían al proceso de explotación en el trabajo. En segundo lugar, que no se explicara las diferencias del proceso productivo en el taller y a domicilio, más allá de que en uno (el taller) las trabajadoras estaban reunidas en un mismo lugar y en otro (a domicilio), trabajaban de manera aislada. Y, en tercer lugar, que no se problematizara las formas de resistencia de las trabajadoras del taller cuando se consideraban las formas concretas que tomaba su accionar político. En el primer caso, el “consenso” no se planteaba desde una perspectiva crítica; no había mayores análisis sobre la supuesta ausencia de formas de resistencia de las trabajadoras a domicilio. En el segundo caso, se planteaba una relación entre producción y resistencia que, en realidad, no analizaba el proceso de organización de la producción. Y en el tercer caso, elementos como la predominancia de liderato masculino, la burocratización de los sindicatos y la espontaneidad de las huelgas, no se contemplaban al momento de analizar las formas de protesta de las trabajadoras de fábricas. De esta manera, y para aproximarme al tema de investigación, me planteé tres preguntas fundamentales: ¿en qué consiste el proceso de producción del taller y el proceso de producción a domicilio?, ¿cuáles son las formas de resistencia de las trabajadoras de la aguja? y, por último, ¿existe alguna relación entre las formas de organización de la producción y las formas de resistencia?

Para explicar las formas de organización de la producción, es decir, el proceso de crear valor nuevo, utilicé las siguientes siete categorías: (1) centralización de la producción; (2) introducción de maquinaria; (3) descomposición del oficio; (4) aprendizaje de las técnicas de producción; (5) posición de cara a los medios de producción; (6) jornada de trabajo y (7) salario. Discutí estas siete categorías a partir del

trabajo en la fábrica y el trabajo a domicilio. En el caso del trabajo de fábrica, las trabajadoras compartían el campo de producción; el trabajo se realizaba fuera del hogar; el proceso de producción requería la operación de máquinas de una hasta tres agujas; la producción de una pieza de ropa requería el trabajo de varias mujeres; la jornada de trabajo era fija y el salario era determinado por tiempo. Por el contrario, en el trabajo a domicilio, las mujeres trabajaban en el espacio doméstico; eran propietarias de algunos de los materiales de producción; la mayor parte del trabajo de confección de una pieza lo hacía una sola trabajadora; la jornada de trabajo era flexible y el salario era determinado por tarea (a destajo). Algunas conclusiones que extraje de estas diferencias fueron (1) que en el proceso productivo a domicilio prevalecía la organización/asociación de la familia, mientras que en el taller se generó una nueva forma de organización/asociación: la clase,³ y (2) que la producción a domicilio mantuvo un mayor carácter artesanal frente al proceso productivo en el taller, que se fue desplazando hacia el proceso industrial (división del trabajo, producción colectiva, maquinaria especializada, etcétera).

En cuanto a las formas de resistencia partí del supuesto de que la resistencia es inherente al poder.⁴ El poder supone opresión, y la resistencia, conflicto. Por lo tanto, definí formas de resistencia como las formas en las que los sujetos políticos *oprimidos* expresan el conflicto. De las entrevistas que realicé a diez trabajadoras de la aguja, seis de las cuales trabajaron en fábricas, tres a domicilio y una tanto en fábrica como a domicilio,⁵ identifiqué dos tipos de formas de resistencia: económica e ideológica.

Como formas de resistencia económica identifiqué los sindicatos, las huelgas, el robo, el dominio de las técnicas de producción y la producción independiente. Lo que caracteriza a estas formas de resistencia es su implicación sobre la distribución del valor. De distintas maneras, las trabajadoras se reapropiaban del valor que ellas mismas producían. Quisiera tomar como primer ejemplo la producción independiente. Una de las trabajadoras me explicó que, en tanto ella no trabajara para la fábrica, podía

³ En otros trabajos se ha documentado que las trabajadoras a domicilio se reunían para realizar la tarea que les asignaban las fábricas. Usualmente, eran madres e hijas, hermanas, tías y cuñadas. A veces se sumaban algunas vecinas, que podían ser comadres. Incluso, en el ‘tiempo muerto’ de la caña, en el que el trabajo de la aguja era la única fuente de ingreso de muchas familias, los hombres también ayudaban a las mujeres a completar las tareas de costura. Véase: (Baerga 1995) y (Sáez 1955).

⁴ “As Foucault himself repeatedly reminded us, where there is power, there is always resistance” (Eley y Nield 2007, 143).

⁵ En adelante, me referiré a algunas de estas entrevistas. Como fueron confidenciales, no aparecerán los nombres de las trabajadoras. No obstante, las fechas en las que realicé las entrevistas pueden servir de indicadores para diferenciar a cada una de las trabajadoras.

organizar mejor el día para cumplir con sus tareas domésticas, por lo que abandonó el trabajo a domicilio y pasó a coser por cuenta propia. Me parece que en esta decisión, en la que, sin dudas, permean fuertes concepciones heteronormativas, hay, también, una acción contestataria. Sobre todo, porque la producción independiente implica una redistribución del valor del trabajo en la que la relación de explotación desaparece. Algo similar ocurre con el dominio de las técnicas de producción. Algunas trabajadoras decidían ocupar el poco tiempo libre que tenían en la fábrica para aprender a operar todas las máquinas de coser y poder desempeñar todas las técnicas de costura. Era una decisión consciente porque esto representaba un mayor poder de regateo frente al patrono en caso de cesantías.

Por otra parte, para explicar las formas de resistencia ideológica utilicé algunos planteamientos de Antonio Gramsci sobre ideología y las teorizaciones de James Scott sobre resistencia. Creo que es necesario aclarar que en el proceso de revisión bibliográfica, Scott fue importante para aproximarme al tema de la resistencia porque me sirvió para trascender sus formas tradicionales y reinterpretar las relaciones sociales de producción. No obstante, Scott asume una posición crítica sobre los planteamientos de Gramsci en torno a hegemonía y falsa conciencia que yo no contemplé en esta investigación. Esto porque, a pesar de las divergencias, me parece que hay un punto armónico entre ellos: las formas en las que se expresa la resistencia no están *determinadas* por elementos económicos. De la misma manera, parto del supuesto de que la clase dominante recurre a estrategias de opresión ideológicas que, en el plano productivo, existen para legitimar el proceso de explotación económica y, así, obstaculizar los procesos de organización gremial. En ese sentido, las formas de resistencia ideológica son aquellas que se contraponen a las formas de opresión ideológica y que dan cuenta de la relación de desigualdad entre el patrono y las trabajadoras, es decir, el reconocimiento de clases e intereses antagónicos. Propuse, por lo tanto, que el reconocimiento de la explotación, la valorización del trabajo, la desvalorización del proceso productivo, la solidaridad entre las trabajadoras, las discusiones con las supervisoras, los malos deseos y el uso del lenguaje despectivo, todas expresadas por las trabajadoras, son formas de resistencia ideológica. Quisiera traer dos ejemplos. Cuando le pregunté a una de las trabajadoras qué podía contarme de las uniones, recordó lo siguiente:

Siempre había el problema de las uniones, porque siempre citaban a uno, a todo el mundo, para hablar de las uniones. Ellos [los patronos] se aterrorizaban que se metiera una unión en la fábrica. Entonces, de alguna manera, ellos influían en nosotras para que les cogiéramos miedo a las uniones, por ignorantes que éramos. Ahora no, porque, pues... Y nadie quería saber de las uniones. Y si sabían de alguien que hablaba a favor de las uniones, pues, poquito a poquito, te echaban hasta que te echaban. Así pasó con una señora que trabajó muchos años en Estados Unidos, y vino a trabajar a Puerto Rico, y cuando llegó y vio que aquí se trabajaba por tarea, que te regañaban como niños, que tú no tienes derecho a esto y a lo otro y a lo otro. Ella se escandalizó y habló de las uniones, y ahí quedó. [...] Así que no, no hubo manera, ninguna estaba unida (entrevista a trabajadora de taller, 2 de enero de 2012).

Las uniones representaban una verdadera amenaza para los dueños de las fábricas; una amenaza en el sentido económico. No obstante, la campaña en contra de los sindicatos fue una estrategia ideológica para intimidar a las trabajadoras. En algunos casos, como en este que narra la trabajadora, los intereses del patrono prevalecieron.

Asimismo, mientras conversaba con otra de las trabajadoras sobre la distribución de las tareas en el taller, ella me explicó que las hacían firmar los paquetes de ropa terminados, de manera que los supervisores supieran cuáles habían sido trabajados por qué trabajadoras. Si el trabajo no cumplía con las expectativas de los supervisores, estos les exigían que rehicieran el trabajo, a la vez que completaban la tarea que tenían asignada para el día. En una ocasión, las compañeras de otra sección de trabajo, notaron que varios paquetes de ropa no se habían trabajado correctamente, así que los devolvieron a la trabajadora que los había preparado antes de que fueran revisados por los supervisores y, de esa manera, evitar cualquier tipo de amonestación. Como eran muchos paquetes, otras trabajadoras decidieron ayudarla a rehacer el trabajo. Estas formas de solidaridad eran frecuentes. Y como el patrono no las permitía, las trabajadoras recurrían a todo tipo de estrategias para evitar las represalias.

Y así, todas, todas, nos íbamos, y una velaba a la supervisora, aún en nuestro tiempo libre, y otro al jefe grande, y la señal era que se daba en el cajón. Pues, hay que inventar. Y nos poníamos a hablar de cualquier cosa, y te sentabas encima del trabajo para que no lo vieran, y, pues, así, gracias a Dios, nos ayudábamos unas a las otras. Pero si nos cogían, nos ponían un ‘warning’ en nuestro récord. Ellos no nos preguntaban, ellos lo ponían, porque supuestamente uno está violando las normas del sitio, pero ellos no entienden que uno lo está haciendo por ayudar. Ellos eran, eran crueles. Cuando les tocaba agotarte, si no tienes, pues, bótala, títala, como si uno fuera un trapo. Y yo decía: “Un día te va a pasar lo mismo”, y así fue. Así fue. Uno de los jefes murió en un accidente, pero ya no le hace más daño a nadie (entrevista a trabajadora de taller y a domicilio, 8 de enero de 2012).

Este relato es útil para examinar, no solo las relaciones entre las trabajadoras, sino, también, las relaciones entre las trabajadoras y sus supervisores. Sobre todo, ilustra las emociones que evocaban esas relaciones en las trabajadoras. Ese *mal deseo*, y el regocijo posterior ante el cumplimiento de ese mal deseo, expresan los conflictos que tomaban lugar en el trabajo y, por lo tanto, se convierten en formas de resistencia ideológica.

Por último, y más allá de examinar las formas de organización de la producción y las formas de resistencia, respectivamente, quisiera comentar brevemente la relación producción/resistencia. Para esto, me es pertinente retomar y coincidir con algunos supuestos sobre las formas de organización de la producción. Por ejemplo, que el trabajo en la fábrica hizo posible la ruptura con el aislamiento del hogar y la noción de que las responsabilidades domésticas eran femeninas (Azize 1985, 56). La centralización de la producción de la fábrica reunió a las trabajadoras en un mismo lugar, de manera que el trabajo asalariado se convirtió en un elemento común entre las mujeres. La producción centralizada convino a la superposición de la condición de clase frente a la condición familiar que se mantenía en el trabajo a domicilio. La división del trabajo desarrolló la noción de que la producción era colectiva. El carácter colectivo de la producción facilitó la organización gremial de las trabajadoras. En cambio, en la producción a domicilio, por su forma aislada, las trabajadoras, aunque asalariadas, mantenían una noción de autonomía, de que producían una mercancía por su cuenta.

Este tipo de producción se diferenció de la producción del taller, donde las trabajadoras no dominaban los medios de producción. Además, el uso de máquinas más especializadas en las fábricas reemplazó el trabajo manual y las técnicas de producción artesanales que caracterizaban la producción a domicilio. El salario por tiempo de la fábrica suponía que el valor del producto lo generaba el trabajo.

Por el contrario, el salario a destajo de la producción a domicilio implicaba que el valor de la mercancía estaba en el producto mismo.

De esto se desprende una conclusión casi evidente: las condiciones de producción en la fábrica favorecieron al aspecto social del trabajo y la experiencia de la planificación del proceso productivo, en contraste con el trabajo a domicilio, donde la producción mantuvo un mayor carácter artesanal. Por lo tanto, es posible plantear que la experiencia de trabajo en la fábrica puso de manifiesto condiciones más idóneas para que se desarrollaran el sindicato y la huelga. Del mismo modo, la descomposición de las tareas productivas en el taller generó las condiciones objetivas para que el dominio de

las tareas de costura fuera una forma de resistencia. Por su parte, la producción independiente tiene más que ver con el carácter aislado y la posesión de los medios de producción que caracterizaron al proceso de producción a domicilio.

Sin embargo, este análisis, tal cual expuesto, no trasciende las formas de resistencia económica. Incluso, no es explicativo de las particularidades de esas formas de resistencia. Otros estudios, como los realizados por María de Fátima Barceló Miller (Barceló 2006),⁶ dan cuenta de la predominancia del liderato masculino en los conflictos, el alejamiento de los sindicatos en torno un verdadero programa de reivindicación de los intereses obreros y la espontaneidad de las huelgas. Hay casos tan enigmáticos como el de la fábrica Coamo Knitting Mills y el de la Gordonshire Knitting Mills.

Durante la década de 1950, la economía puertorriqueña pasó de ser una economía fundamentalmente agrícola a ser una economía basada en la manufactura (Ayala y Bernabe 2011; Dietz 2007). Este modelo económico fue altamente subsidiado por el capital estadounidense, que se desplazaba rápidamente de la metrópoli a la colonia en busca de mano de obra barata y menores presiones legislativas. La introducción masiva de estas nuevas industrias provocó una nueva ola sindical en la que las centrales internacionales fueron dominantes. Por ejemplo, la International Ladies and Garment Workers Union (ILGWU) se convirtió en la central sindical más prominente en Puerto Rico entre 1950 y 1960, en gran medida, porque ya tenía relaciones con muchas de las industrias que llegaron a Puerto Rico en ese período. En un análisis sobre las formas de resistencia sería impensable que el patrono y los supervisores de las fábricas de la aguja instaran a las trabajadoras a organizarse sindicalmente, pero esto llegó a ocurrir en el caso de la Coamo Knitting Mills.

⁶ Sobre esto, en Puerto Rico existen dos corrientes fundamentales, ubicadas en dos momentos históricos diferentes. Estudios como los de Yamila Azize, publicados en la década de 1970, hacen énfasis en la unidad del movimiento obrero puertorriqueño. Estudios más recientes como el de María de Fátima Barceló Miller, hacen énfasis en la desigualdad de género que caracterizó los procesos de organización obrera. Juan José Baldrich sintetiza ambas posiciones de la siguiente manera: “La perspectiva de solidaridad clasista de los setenta le restaba importancia a la subordinación por género y la perspectiva de género de los noventa hacía lo mismo con la clase social. La solidaridad de clase entre los hombres y mujeres de la clase obrera puede, de hecho, darse en medio de relaciones de subordinación por género de esos mismos hombres y mujeres. La condición de obreros los puede unir, mientras el género los separa” (Baldrich 2009, 14).

La ILGWU comenzó a organizar a las trabajadoras [de la Coamo Knitting Mills (CKM)] en 1963, cuando la planta fue comprada por una firma más grande, llamada Bobbie Brooks (BB). La unión tenía un acuerdo firmado con la BB en Puerto Rico. Cuando la CKM se fusionó con la BB, la ILGWU informó al gerente de la CKM que quería organizar a las trabajadoras, como lo había hecho en otros talleres de la BB. Dados los lazos históricos y de cooperación entre BB y el sindicato, los ejecutivos de la compañía dieron instrucciones a los supervisores para que dejaran a la ILGWU organizar sin mayores problemas (Rosado, 2005: 82).

La intervención de los supervisores no solo fue indulgente, sino proactiva. La Junta Nacional de Relaciones del Trabajo (NLRB, por sus siglas en inglés) reportó que uno de los supervisores de la Coamo Knitting dio un discurso a las trabajadoras instándolas a apoyar la unión (NLRB 1964, 579). Posteriormente, la ILGWU logró recoger tarjetas y organizar a las trabajadoras del taller.

De la misma manera, la intervención sindical posterior al inicio de las huelgas y la dirección masculina de los procesos (en talleres donde la fuerza de trabajo era mayoritariamente femenina), dan pistas sobre las anomalías de estos conflictos. La huelga de 1969 en Cayey es un buen ejemplo. El 30 de abril, las trabajadoras que operaban en dos turnos de la Gordonshire, salieron espontáneamente de la fábrica. “Originalmente iniciaron el movimiento huelgario unas 20 personas, uniéndose posteriormente [700 mujeres y 300 hombres]. Los trabajadores no estaban afiliados a ningún sindicato. El movimiento se inició en protesta por el cambio de los turnos” (*El Mundo* 1969). Este caso también se vio en la NLRB. El oficial examinador halló que

La compañía opera en ocho edificios a lo largo de una calle en Cayey llamada Avenida Industrial. Antes de los acontecimientos que se recogen en este documento, sus empleados no estaban representados por ningún sindicato. En la fecha del 30 de abril y el 1 de mayo, los empleados de dos turnos en uno de los edificios, se fueron a la huelga espontáneamente. Varios sindicatos mostraron interés en la situación. Casi de inmediato, [el Sindicato Puertorriqueño de Trabajadores, AFL-CIO] ofreció su asistencia y comenzó a hacerse cargo de la dirección de la huelga, con la aparente voluntad de los huelguistas. Manuel Rosario, uno de los organizadores de la unión, que vive y es natural de Cayey, llegó al lugar poco después de que el primer turno salió. Peter Huegel, representante del sindicato, cuya oficina se encuentra en San Juan, a unos 45-50 kilómetros de distancia, llegó unas horas más tarde, en la mañana del 1 de mayo. Ellos, y un tercer organizador de San Juan, comenzaron a asistir a los huelguistas en el comité de negociación que ya se había creado [...]. Félix Bonilla, uno de los líderes de los huelguistas, siguió siendo el presidente del comité original. Posteriormente, Huegel y los demás organizadores consiguieron una reunión con William Bales, uno de los supervisores de la planta, donde exigieron el reconocimiento de la unión, que se les negó (NLRB 1970, 540).

La huelga terminó el 19 de mayo con un saldo de incidentes violentos en los que estuvo involucrado el liderato de la SPT, AFL-CIO. Hubo varias confrontaciones entre huelguistas y supervisores. El informe de la NLRB narra un incidente con el camión de

transporte de la fábrica, en el que varios de los organizadores de la SPT —entre ellos, Peter Huegel, Manuel Rosario, Félix Bonilla y Jorge Hernández— fueron tras el camión que se dirigía al aeropuerto de San Juan y, en una persecución violenta, atacaron al camión lanzando piedras y botellas. El 12 de junio, la unión llevó a cabo elecciones para ganar la representación sindical del taller. Los resultados fueron favorables. Sin embargo, el caso se llevó a la Junta Nacional de Relaciones del Trabajo porque, desde la perspectiva del patrono, la intervención de la unión durante la huelga incumplía con los estándares de la Ley de Relaciones del Trabajo, que estipulaba que la unión no podía forzar a los trabajadores y las trabajadoras a participar de las elecciones. Los incidentes durante la huelga —era el argumento— se convirtieron en los actos de coerción. La Junta falló a favor del patrono y ordenó que se celebraran nuevas elecciones.

En el caso de la Coamo Knitting, la intervención del patrono en el proceso de organización sindical contradice la relación antagónica de clases, independientemente de que esta se reproduzca en el escenario productivo. De la misma forma, las huelgas espontáneas, como la de la Gordon, rompen con la noción de un movimiento organizado de clase. Y la predominancia del liderato masculino en fábricas como estas, podría arrastrar la conclusión (superficial) de que las mujeres eran víctimas pasivas del capitalismo. Estos elementos son importantes para matizar los procesos de resistencia obrera. No se trata de un movimiento homogéneo, organizado y sin contradicciones.

Asimismo, el análisis de las formas de organización de la producción no da pistas sobre cómo y por qué se articulan las formas de resistencia ideológica. Me parece que para entender estos procesos debemos incorporar otros elementos al análisis de las formas de resistencia. Si bien el proceso productivo generaba las condiciones objetivas para el desarrollo de ciertas formas de resistencia, las trabajadoras no siempre accionaban conforme a esas condiciones. Cabe preguntarse, entonces, qué factores instaban a las trabajadoras a crear y optar por sus propias estrategias y formas de protesta. Esta es, hasta este momento, una pregunta abierta. Por mi parte, creo que están mediando otros tres factores. Por un lado, la condición social del género, que supone formas distintas de actuar y entender la realidad. Comparto la impresión de que la ausencia de las trabajadoras en el liderato sindical de la época tiene más que ver con las concepciones de género que limitaban el acceso de las mujeres a estos espacios que con las concepciones de mundo aburguesadas. Así, las trabajadoras, en tanto no problematizaran esas relaciones, desarrollaban sus propias estrategias de lucha. Por otro,

la condición histórica de la industria, producto de la relación colonial entre Estados Unidos y Puerto Rico. El desplazamiento de las industrias textiles a la Isla se dio en momentos de fuertes tensiones obrero-patronales en los Estados Unidos y, por esta razón, los empresarios estadounidenses salieron en búsqueda de mano de obra barata y desorganizada, y la mayor libertad de empresa. En Puerto Rico, hubo casos en los que los patronos incentivaron la organización sindical de las trabajadoras, como fue el caso de la Coamo Knitting Mills, pero en otros (la mayoría), los dueños de las fábricas limitaban por todas las vías la presencia de las uniones. Además, la lógica del estado colonial favorecía las leyes obreras que dificultaban la organización sindical. Una de las conversaciones que tuve con una de las trabajadoras es ilustrativa de este contexto político. De su experiencia de trabajo en Nueva York, ella recuerda que la presencia de las uniones era algo “natural” (entrevista a trabajadora de taller, 5 de febrero de 2012).

Allá le descontaban la cuota directamente de su salario. Por el contrario, cuando regresó a trabajar a Puerto Rico, no había uniones en los talleres. En ese sentido, si bien las condiciones de producción propiciaron ciertas formas de resistencia, la condición colonial de la industria las limitó. Por último, la condición ideológica de la religión puede ser otro de los factores explicativos de las formas de resistencia. Muchas veces, en análisis como este, las creencias religiosas de la clase trabajadora pasan inadvertidas, pero creo que pudieran ser útiles para contestar algunas de estas interrogantes. Aunque poco, —y creo que poco porque yo estaba concentrada en documentar el asunto de la producción y de la resistencia desde un plano que, de entrada, no consideró este elemento—, en las conversaciones que tuve con las trabajadoras afloró el tema de su vida dentro de la Iglesia o de sus prácticas religiosas.

Creo que para muchas de ellas, esta parte de su vida era un elemento central. Por ejemplo, una de ellas me comentó que su experiencia como trabajadora de la aguja le permitió enseñarle a coser a otras mujeres de la iglesia evangélica a la que pertenecía, para que estas pudieran tener una fuente de ingreso propia, lo que le generaba muchísima satisfacción (entrevista a trabajadora de taller, 2 de enero de 2012). Otra de las trabajadoras se refirió a la comunidad religiosa como su fuente principal de apoyo (entrevista a trabajadora de taller y a domicilio, 8 de enero de 2012). Si pensáramos que existe una fuerte relación entre religión y política, y que esta no solo puede obstaculizar los procesos de organización de la clase trabajadora, sino que podría, en ciertos casos, hasta propiciarlos, daríamos cuenta de un fenómeno que sigue vigente en la construcción de las formas de resistencia actuales y que, sobre todo, nos permite

ubicarnos más allá de la base, en el sentido estricto de las relaciones de producción, y analizar la mediación de los procesos superestructurales en la articulación de las formas de resistencia de las trabajadoras de la aguja en Puerto Rico.

Referencias

ANDREU IGLESIAS, César, *Memorias de Bernardo Vega: contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*. Río Piedras: Ediciones Huracán. ed. 2002

AYALA, César y BERNABE., Rafael. *Puerto Rico en el siglo americano: su historia desde 1898*. Traducido por Aurora Lauzardo Ugarte. San Juan: Ediciones Callejón. 2011

AZIZE, Yamila. *La mujer en la lucha*. Río Piedras: Ediciones Cultural. 1985

BAERGA, María del Carmen. *Género y trabajo: la industria de la aguja en Puerto Rico y el Caribe hispánico*. San Juan: Editorial UPR.. Ed. 1995

_____. Trabajo diestro sin trabajadoras diestras: la (des)calificación en la industria de la aguja en Puerto Rico, 1914-1940. *La ventana*, núm. 9. 1999

BALDRICH, Juan José. El género y la descomposición del oficio de tabaquero en Puerto Rico, 1899-1934. Editado por GODREAU, Isar P. y MARTI, Vionex M.. *Cayey: Miradas históricas, perspectivas contemporáneas*. Cayey: Instituto de Investigaciones Interdisciplinarias. 2009

BARCELÓ MILLER, María de Fátima. *La lucha por el sufragismo femenino en Puerto Rico, 1896 – 1935*. 2ª edición. 2006. Río Piedras: Ediciones Huracán.

CARNERO, Teresa y PALAFOX, Jordi. El funcionament del *putting-out* al si d'una economia senyorial. *Recerques: Història, economia i cultura*, nº 5: 97-110. 1975

Commissioner of Labor. 1933. *Annual report, 1932-1933*. San Juan: Bureau of Supplies, Printing, and Transportation.

_____. 1940. *Annual report, 1939-1940*. San Juan: San Juan: Bureau of Supplies, Printing, and Transportation.

CÓRDOVA ITURREGUI, Félix. *Ante la frontera del infierno: el impacto social de las huelgas azucareras y portuarias de 1905*. San Juan: Ediciones Huracán 2007.

Departamento del Trabajo. 1951. *La manufactura de artículos de la aguja para el comercio local en Puerto Rico*. San Juan: Junta de Salario Mínimo.

_____. 1952. *La manufactura de artículos de aguja a domicilio para el comercio local en Puerto Rico*. San Juan: Junta de Salario Mínimo.

DEVAULT, Ileen A. *United Apart: Gender and the Rise of Craft Unionism*. Ithaca: Cornell University Press. 2004.

DIETZ, James L. *Historia económica de Puerto Rico*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 2007.

GEOFF, Eley, y NIELD, Keith. *The Future of Class in History: What's Left of the Social?* Ann Arbor: University of Michigan Press, 2007.

ENGELS, Friedrich. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Santiago: CEME. Revisado durante febrero de 2012 http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/engelsf/engelsde00008.pdf

FIGUEROA MARTÍNEZ, Luis. Las actividades organizativas de las uniones internacionales norteamericanas en Puerto Rico. Tesina de Bachillerato en Estudios Generales, Universidad de Puerto Rico - Río Piedras, 1981.

FONER, Philip S. *History of the Labor Movement in the United States*. 4ª edición. Nueva York: 1965, International Publishers.

GONZÁLEZ, Lydia Milagros. *Una puntada en el tiempo: la industria de la aguja en Puerto Rico*. San Juan: CEREP, CIPAF, 1990.

GRAMSCI, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el estado moderno*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1984.

_____. 2000. Necesidad de una preparación ideológica de la masa. *Marxists Internet Archive* Revisado durante marzo de 2012 <http://www.marxists.org/espanol/gramsci/mayo1925.htm>

HARNECKER, Martha. *Cuadernos de educación popular: ¿qué es el socialismo?* Madrid: Akal, 1979.

LENIN, Vladimir I. *¿Qué hacer?* s.l. 2001. Proyecto Espartaco. Revisado durante febrero de 2012 http://www.bvsst.org.ve/documentos/pnf/que_hacer.pdf

LITTLEFIELD, Alice Y LARRY T. Reynolds. The Putting-Out System: Transitional Form or Recurrent Feature of Capitalist Production? *The Social Science Journal* 27 n°. 4, 1990.

LÖWY, Michael. *Guerra de los dioses: religión y política en América Latina*. México, D.F.: Siglo XXI Editores, 1999.

MANDEL, Ernest. La teoría leninista de la organización. *International Socialist Review*, 1970. Revisado durante marzo de 2012 http://www.ernestmandel.org/es/escritos/pdf/form_teorialeninista-organizacio.pdf

_____. 1977. *Introducción al marxismo*. Revisado durante marzo de 2012 <http://www.ernestmandel.org/es/escritos/pdf/Introduccionalmarxismo.pdf>

MARX, Karl.. *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

_____. *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1970.

MELÉNDEZ, Edgardo. *Movimiento anexionista en Puerto Rico*. San Juan: Editorial UPR, 1993..

MINTZ, Sidney W. *Taso: trabajador de la caña*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1988.

MOUFFE, Chantal. *Gramsci and Marxist Theory*. Londres, Ed. 1979. Boston y Henley: Routledge and Kegan Paul.

National Labor Relations Board. *Annual Report*. Washington D.C: National Labor Relations Board Vol. 150, 1964.

_____. *Annual Report*. Washington D.C: National Labor Relations Board Vol. 184, 1970..

RÍOS, Palmira N. Export-Oriented Industrialization and the Demand for Female Labor: Puerto Rican Women in the Manufacturing Sector, 1952-1980. *Gender and Society* 4 n° 3, edición especial: *Women and Development in the Third World*: 321-337, 1990.

RIVERA QUINTERO, Marcia. “The Development of Capitalism in Puerto Rico and the Incorporation of Women into the Labor Force”. En *The Puerto Rican Woman*. Edna Acosta Belén, Elia Hidalgo Christensen, eds. Nueva York: Praeger, 1979.

ROSADO MARZÁN, César F. “Dependent Unionism: Resource Mobilization and Union Density in Puerto Rico”. Tesis doctoral, Departamento de Sociología, Universidad de Princeton, 2005.

SÁEZ CORALES, Juan. *25 años de lucha*. San Juan: Gauthier Multigraph Service, 1955.

SILVA GOTAY, Samuel.. *Protestantismo y política en Puerto Rico, 1898-1930*. San Juan: Editorial UPR, 1997.

_____. *Catolicismo y política en Puerto Rico bajo España y Estados Unidos: siglos XIX y XX*. San Juan: Editorial UPR, 2005.

SILVESTRI DE PACHECO, Blanca. 1979. La mujer puertorriqueña y el movimiento obrero en la década de 1930. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades* 3: 83-104.

SCOTT, James C. 2000. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México, D.F.: Ediciones Era.

SCOTT, Joan W. 1988. *Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University Press.

Taller de Formación Política. *¡Huelga en la caña!* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982.

THOMPSON, E.P. *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage, 1966.

_____. *Tradición, revuelta, y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Editorial Grijalbo, 1979.

US Department of Labor. 1934. *The Employment of Women in Puerto Rico*. Preparado por Caroline Manning. Washington: Bulletin of the Women’s Bureau.

_____. 1940. *Report on Puerto Rico: The Needlework Industry*. Washington: Research and Statistic Branch, Wage and Hour Division for the Special Industry Committee for Puerto Rico.

WILLIAMS, Raymond. 1997. *Problems in Materialism and Culture*. Londres y Nueva York: Verso.

WOLF, Eric. 1982. *Europe and the People without History*. Berkeley: University of California Press.

Recebido em: 31/07/2013

Aprovado em: 05/08/2013